

HOMBRES, LUGARES Y COSAS DE LA MANCHA

Apuntes para un estudio médico-topográfico de la Comarca

P O R

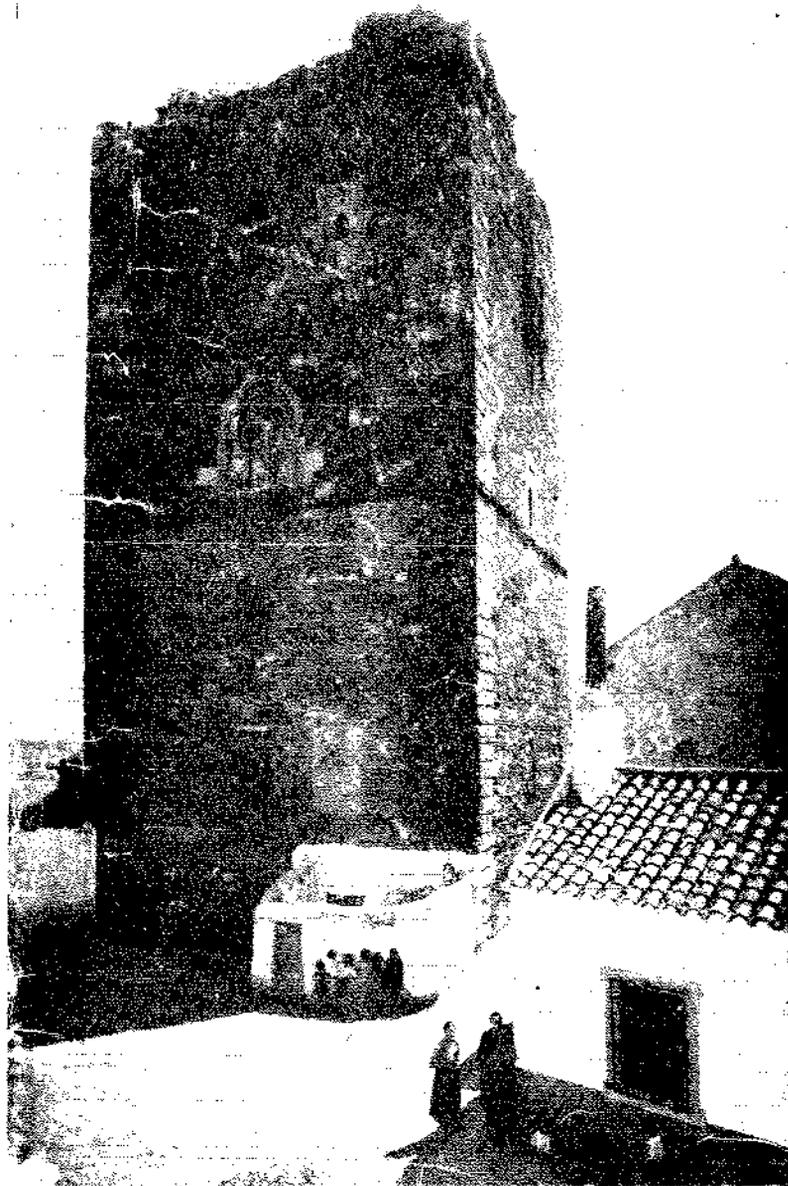
RAFAEL MAZUECOS

Junio 1951

Segunda edición

Mayo 1970

Fascículo I



El Torreón de Santa María
en la Placeta de Palacio
de Alcázar de San Juan

Reimpresión del fascículo primero

A pesar del sacrificio económico que representa, se reimprime el primer fascículo de esta obra por ser el que le falta a mayor número de coleccionistas y por el deseo de satisfacer sus demandas.

Se ha respetado íntegramente el texto y las fotografías para que no haya discrepancias entre unas colecciones y otras.

En la primera edición se tiraron mil ejemplares numerados. Ahora se han hecho muchos más para que no le falte a nadie que lo desee:

Sí hemos acertado a interpretar el sentir general nos damos por satisfechos.

Al publicarse este libro, por no hablar de mí, cometí la torpeza de no dar los nombres de los que figuran en las fotografías de las escuelas. Ahora no puedo cambiarlo pero me pesa y veo con pena que no queda casi nadie de los que nos retratamos en aquella época. De los de las meriendas no queda ni uno, de los del Ayuntamiento menos, de la música creo que solo Antonio Montealegre y Sebastián Logroño; de la labor de doña Angeles, la Florentina Carabaño, la Alberta Brunner y no se si alguna más y de la escuela de don Cesáreo, el General Galera, Vicente el Cuco, Clemente Paniagua y yo. Nadie se acuerda ya de la mayoría pero todos tuvieron su significación en la Villa.

Don Felipe Arroyo tiene delante, junto a Rafael Bonardell, a su hijo Felipito, el que hizo la casa del Altozano. Don Cesáreo tiene al suyo, Javierito.

En todas está Pepito el Coronel, aquella balarrasa, hermano menor de doña Angeles

Los grandullones de mi grupo son Angel Puebla, Alvarez Arenas y Angel Romero -Rengue- el padre del escritor actual. Los de mi alzada que me rodean son Baltasar Soubriet, Heliodoro Abad, el hermano de la Zoa; Sebastián Santos, luego marido de la Zoa; Luis Toribio, el hermano de Pepe que está más abajo; Pepe Palmero, el hermano de Hipólito; Simón Castellanos, etc. etc. Este recuerdo, que tanto se siente, parece para el mundo un sueño que nunca tuvo realidad. Tal es el silencio y el olvido que nos sigue al marchar

AMIGO LECTOR

El hombre affigido pone su pensamiento en Dios. El niño maltratado corre a los brazos de su madre. El caminante fatigado busca el alivio en su tierra. En cualquier momento y edad todos nos dirigimos a la fuente del amor puro por el mismo sendero: la tierra, la madre y Dios Padre. Este cuadernillo es una prueba de oílo. Consta de varias páginas sueltas, de capítulos más o menos nutridos en los que pretendemos sintetizar recuerdos y añoranzas de cosas recientes que parecen lejanas. Se publica en forma fragmentaria con la esperanza de lograr la colaboración de los amantes de la comarca en el trabajoso acarreo de noticias y observaciones estimulados por ese suave sentimiento, que es amor, producido por las glorias pretéritas cuando se las contempla a distancia.

Nos encomendamos a la benevolencia de todos y agradeceremos mucho las indicaciones de los que con su saber nos permitan rectificar los errores que tengamos y de los que, por poseerlos, puedan aportarnos escritos, fotografías o referencias que sirvan para esta publicación.

HOMBRES, LUGARES Y COSAS DE LA MANCHA

Apuntes para un estudio médico-topográfico de la Comarca

P O R

RAFAEL MAZUECOS

JUNIO 1951

Publicaciones de la
FUNDACION MAZUECOS
Alcázar de San Juan

FASCICULO I

2.ª Edición



Devoción alcazareña



o ha sido posible sacar mejor partido de esta fotografía de la Procesión de Jesús en un Viernes Santo de fines del siglo XIX, parada en el Pretel para organizarse después de salir de la Trinidad. No obstante, a muchos les será grato contemplar a aquellos nazarenos, a las mujeres cobijadas, los mozos con sus bufandas al hombro echándose las de templados, con aquellas mañanas de frío, y a los hombres con sus largas capas: todo en silencio y con el mayor recogimiento.



Vista de la Plaza tomada desde la torre de Santa Quiteria. Aún estaban los arcos del Ayuntamiento y el Posito. No estaba hecho el Casino. Se ve el corral de la casa del Casino y la fachada de la Carcel por encima de él. A la izquierda del Ayuntamiento, bien enjalbegada, la casa del río Leña.

LA PLAZA DE ALCÁZAR Y SU EVOLUCION

Ha sido un prodigio del fotógrafo Romero, lograr este cliché de una hoja de lata que llevaba 30 años en la cocina de una quinteria. Es una vista de la Plaza de Santa Quiteria tomada desde el Ayuntamiento, en sentido contrario de la fotografía anterior. En ella aparece Santa Quiteria tal cual era en nuestra infancia.





Fachada principal del Ayuntamiento mirando al Casino. A la derecha, la esquina del tiendeo, la de José Pastor y la casa de las Cristas. A la izquierda, la lotería del Catre, aseja a la taberna, el Pósito, las "pasaderas", la esquina de Camilo y los portales vistos de perfil. Al fondo Santa Quiteria integra.

En la puerta del Ayuntamiento no existe todavía la garita del sereno. Eran los buenos tiempos de Millán, el alguacil, excelente hombre de gobierno, formal y servicial que lo sabía todo y procuraba evitar complicaciones al vecindario.

En esta vista del Ayuntamiento ya han desaparecido el Pósito y la esquina del Catre, testigo de tantas discusiones promovidas por el surra y el juego de la lotería conjuntamente y que Domingo acababa con desenvoltura metiendo la mano en la faja diciendo, al tiempo que le temblaba la cara de coraje, que alguna vez iba a pasar algo como lo hartaran mucho, porque había que oír a los de los "ternos".

A la derecha existe ya el quiosco de la Música y se ve el tejado de la Tienda Chica.





En esta fotografía aparece el Ayuntamiento sin tejados y con azoteas. Con la garita del sereno en la puerta y los puestos puestos.

Han desaparecido totalmente los portales y las pasarelas.



Vista parcial de los portales de la Plaza. El cuarto de la carne de Ortega con la mesa y el tajo en la puerta.

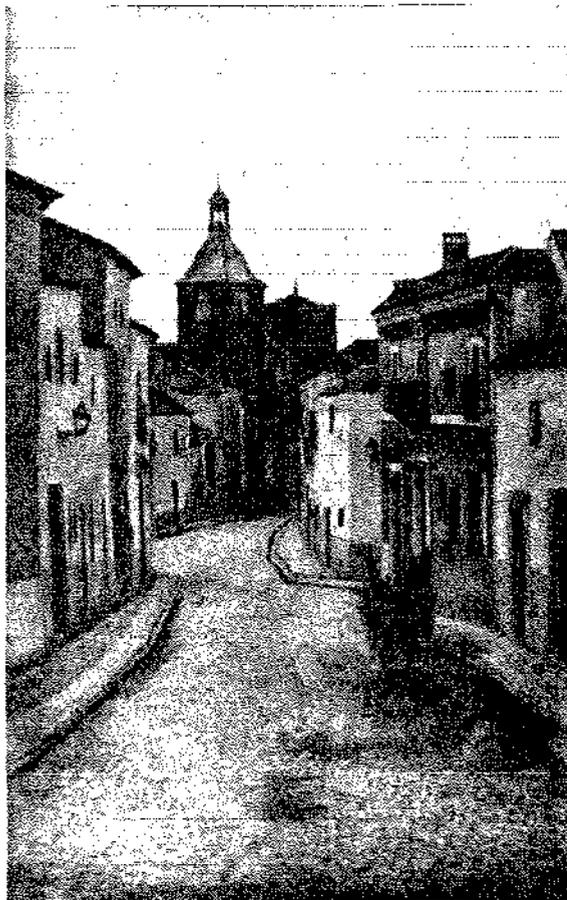
Se ve que hace calor porque Toribio está remangado y la "Picuca" lleva toquilla de pelo de cabra.

CALLES TRANSFORMADAS

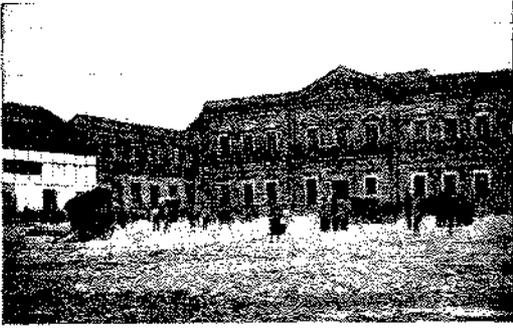
Los hermanos Sáiz, tan amantes del lugar, tenían guardado este óleo que hemos reproducido, en el cual se nos ofrece la calle de San Andrés —después Castelar y hoy Generalísimo— tal cual era por el 1900, cuando la Estación no había tirado todavía de la vida alcazareña hacia sus inmediaciones y esta calle conducía simplemente al campo.

Nos ofrece una perspectiva contraída, tomada por encima de la Barbería de La Fama. Las torres del Ayuntamiento y de Santa María dominan el cuadro y hacen más impresionante la soledad de la calle, sin un solo transeunte ni más obstáculos que un carro abandonado y un montón de escombros en la esquina de José Pastor.

Nadie se imaginaria hoy la calle de Castelar tan solitaria; sin embargo, es lo cierto que así estuvo muchos años, cuando el aire la barría implacablemente



La calle de Castelar transformada. En el fondo se ve todavía la torre del Ayuntamiento en su primitivo estado.



La Plaza, inmensa, con el Casino, cuando lo era de verdad, y la casa de D. Alvaro terminados. Se conserva la Posada de la Cayetana cuyos corredores se ven a la izquierda

LOS CORREDORES Y SU APOSENTO

Difícil sería a la imaginación exótica figurarse en esta plaza de principios de siglo, inmensa y desolada como el campo manchego, el foco de actividad mercantil propiamente alcazareño en el que llevaban las transacciones un grupo de hombres del pueblo, formales a carta cabal, que merecieron la confianza plena de compradores y vendedores. Estos hombres eran los Corredores. Para el decir de las gentes, «los que estaban en la Plaza» o «se habían metido en la Plaza». Realmente en ella vivían, unas veces en un aposento y otras en otro, según las circunstancias,



La Posada de la Cayetana en cuyo lugar se construyó después el actual Pasaje

distribuyéndose los cuatro puntos fundamentales: el cuarto del Consumo, el cuarto del peso, los cuartos de los Corredores y la Posada de la Cayetana, suprema y famosa hospedería local, recordada por todos los trajinantes y por todos los cervantistas nacionales y extranjeros que hacían la ruta del Quijote.

En la Plaza se vendía el vino y el grano, y en la Plaza se abastecían de habichuelas, garbanzos, aceite, matanza, hortaliza y demás elementos básicos en la vida familiar, todas las alacenas del pueblo.

Las menos veces estaba la mercancía a la vista, pero allí se sabía su situación y cualidades exactas.

El corredor de entonces no era hombre tan huído del trabajo como suele conceptuársele, pues su misión, aparte de orientar a compradores y vendedores y ponerlos de acuerdo, era medir y envasar el grano y el vino y sacarlo a las espaldas en pellejos de 8 arrobas, a veces por escaleras difícilísimas, hasta el carro que los transportaba a la Estación. Este trabajo eran tan rudo, que en otras poblaciones como Madrid los mozos de pellejos



que repartían la corembre a las tabernas, tenían fama de esforzados y eran de constitución atlética.

En compensación nunca faltaba una buena sartén de tajadas.

De los Corredores antiguos se conserva esta curiosa fotografía de la cuadrilla de los Campos, provista de todos los útiles de su trabajo y su típica indumentaria.

En ella figuran Antonio y Bernardo Campo, José Illescas (el Haragán padre), Sebastián Lache, Fernando Romero, Bernardino Castellanos, Galfarro y Julián Ortega (el Viejo padre), todos muy conocidos y estimados por el buen cumplimiento de sus deberes dando crédito a nuestra plaza y buena colocación a los productos de la tierra, que no siempre era fácil en época de penuria y dura competencia comercial.

Profesionales de



D. Leoncio Raboso Núñez

Figuro prócer, de elegante prestancia que fué una verdadera institución en Alcázar durante muchos años como médico y como señor.

Gozó fama de hombre ocurrencioso y decidido, pues aún hay quien dice que las tenía mortales, y debió ser cierto, porque en una ocasión fué comisionado con otros del pueblo para hacer una gestión en el Congreso de los Diputados, y al presentarse allí se adelantó un portero a pedirles las tarjetas que autorizasen su entrada y él se destacó del grupo diciendo: «Vienen conmigo». Y el portero se quitó la gorra dejando el paso libre.

Nació el 8 de Octubre de 1825 y murió el 28 de Julio de 1915, a los 89 años, después de estar ciego unos diez años. Los chicos de la escuela de D. Cesáreo, lo recordamos muy anciano paseando por la puerta de su casa, de la Plaza de la Aduana, en las buenas mañanas de sol.

D. Vicente Moraleda Palomares

Personalidad curiosa que debemos considerar fuera de lo corriente y que representa un matiz especial de la medicina local.

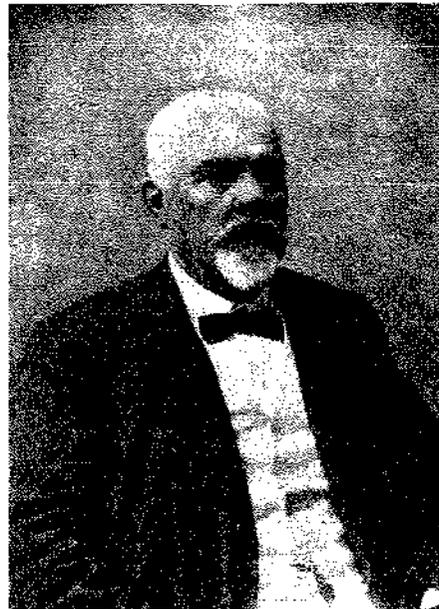
Tuvo larga vida, pues nació el 22 de Enero de 1842, y murió el 17 del mismo mes del año 1917.

Era fuerte él, fuerte su voz, imperativa su mirada y bruscos sus ademanes. Inspiraba respeto pero no temor, porque en el fondo era muy bueno.

Era veterinario, pero había cursado gran parte de la carrera de medicina y durante toda su vida no pudo eximirse de intervenir en ella, alcanzado fama y clientela en el tratamiento de los **golpes**.

Fuó Juez Municipal y Alcalde de Alcázar. Durante su mando se amotinó el vecindario porque habían subido el pan y tuvo que venir un escuadrón de Montesa a restablecer el orden.

Sus preocupaciones científicas se manifestaron no solamente en su largo ejercer como veterinario de oficio y médico



de afición, sino en hechos que deben valorarse por su merecimiento. Intervino activamente en diferentes congresos de veterinaria. Fue director de «La Veterinaria Española». Escribió un libro sobre la viruela en los irracionales y otro sobre la glosopeda y descubrió los cálculos cardíacos por lanzarse a hacer autopsias,—

detalle fundamental,—descontento de ver que se le morían los animales sin saber de qué

D.ª Isabel Asenjo Cantalejo

“LA RELOJERA”



ujer de opulencia física y viril, con aire de señorona que se colocó en Alcázar y se le metió el lugar en el corazón, entregándole su larga vida profesional de Comadrona con 42 años de ejercicio.

No llegó al pueblo «en carretela abierta» precisamente, pues estaba casada con Zacarías Martínez López, relojero ambulante, y ejerciendo su industria vinieron a la Posada de la Cayetana el año del cólera (1885). En la misma fecha, pusieron casa en los antiguos portales de la plaza, iniciando ella su trabajo de Comadrona y siguiendo él con los relojes, por lo que D.ª Isabel fué conocida siempre por «La Relojera».

Su don de gentes, su distinción natural, su tacto y buen juicio la llevaron a una situación envidiable y cuando los dolores propios de su constitución no la dejaron atender con presteza sus obligaciones, empezó a visitar en una tartana muy característica, por lo pequeña, tirada por una yegua también pequeña, llamada «Mora» y conducida por Zacarías, su esposo, hombre bueno a carta cabal que lo mismo en invierno que en verano, estaba horas y horas en cualquier puerta esperando que D.ª Isabel resolviera un parto difícil.

Los médicos de entonces, poco familiarizados con las intervenciones y viendo los partos con el recelo natural en toda persona de experiencia, la **dejaban hacer**, autorizando con su presencia las maniobras realizadas por D.ª Isabel, que aunque decididas nunca rebasaron los límites de lo prudente. Es un aspecto muy interesante del estado de las profesiones en aquella época, y de las cualidades de D.ª Isabel que no en balde era del hueso dulce, pues había nacido en Moral Zarzal (Toledo) el 20 de Junio de 1857.

En la fotografía aparece D.ª Isabel de tiros largos y Zacarías con una niña, la mayor de tres sobrinas que vivían con el matrimonio que no tuvo hijos. Las tres sobrinas fueron muy guapas y se casaron muy bien. La que aparece en la fotografía fué la primera esposa de Emiliete y llegó a tener el título de Comadrona, pero su temprana muerte—desgracia que comprendió a las tres hermanas—impidió que D.ª Isabel fuera continuadora directa en su meritoria labor.



D. Cristóbal Cenjor Sánchez - Pantoja



Este que veis aquí, más que flaco, seco; de ojos chiquitinos cuyo mirar denotaban la concentración de su pensamiento al hablar, era Cristóbal, el hombre de firmeza admirable que no escatimó sus energías para mantener a flote sus diversas empresas.

Nació el 19 de Octubre de 1858. Aprendió el oficio de tonelero en la bodega del Marqués, donde otros estaban bien colocados, pero él no podía conformarse con aquéllo y se estableció con taller propio en la calle de Cervantes, donde trabajaba día y noche y pronto montó bodega, aparato de alcohol y un frontón de pelota.

Crió una familia numerosa hasta colocarla en estado, que es un hecho de importancia en la vida de cualquier hombre. Sufrió el gran dolor de ver morir a su hijo mayor, ya hombre, cuando todavía él se debatía entre los toneles.

Por esta época vió claramente la evolución de la vida alcazareña y el porvenir de sus actividades. La vida de Alcázar estaba concentrada en la Plaza, en la Posada de la Cayetana, en el Casino Principal y, como lugar de espectáculos, en el Teatro del Casino. Pero la estación, a una orilla del pueblo, se iba extendiendo y aumentando el número de sus empleados y aunque de momento apenas si la Fonda de Orsini ponía una nota de urbanización en la Carrera del Campo, Cristóbal vislumbró el futuro de su barrio y adquirió el solar del Chirnedón, se-

gún dicen, en la cifra de cinco mil pesetas, que ahora haría sonreír, pero que entonces se tomaba muy en serio.

En este solar, construyó el Círculo de la Unión, que fué inaugurado el 8 de Septiembre de 1905, siendo Presidente D. Angel Jiménez Perucho, «el de la Cera».

Cuatro años después, el 8 de Septiembre de 1909, inauguró el Teatro Moderno, por donde han desfilado las principales figuras de la escena.

El tiempo, anulando totalmente los puntos vitales de la población de aquella época, ha dicho hasta qué punto fué certero el golpe de vista de Cristóbal y la situación en que mantuvo sus empresas, demostró sus dotes personales de las que no todo fué para sí, pues Alcázar ganó y no poco, ante propios y extraños, con los sacrificios de Cristóbal, aunque no lo haya reconocido ni entonces ni luego, pues tuvo que soportar rudas competencias y críticas nada piadosas, porque Alcázar—digámoslo sin rodeos—siempre fué duro con sus hijos y esta dureza, que no es debida a maldad sino a pereza, como reacción del ánimo abandonado contra el activo, concitó contra Cristóbal muchos odios gratuitos, infundados, dificultando su desenvolvimiento con perjuicios para él. No hay duda, que tal vez no hizo todo lo que podía esperarse, pero con notorio perjuicio para la población en general, pues un hombre de sus condiciones debió intervenir directamente en todas las empresas locales, contribuyendo al acrecentamiento de la riqueza general y al mejoramiento de la vida para todos, en lugar de estar circunscrito a lo que él solo hiciera.

Tenia una abrasión dentaria acentuada que fué la causa indirecta de su muerte, ocurrida el 19 de Septiembre de 1929, a los 70 años.

En sus últimos tiempos, se le veía andar por el Paseo abstraído, poco atento a lo que le rodeaba imbuído en sus preocupaciones.

Su vida de trabajador es un ejemplo para los que al actuar solo ven dificultades.

Emilio el nuestro

El nombre de Emilio Paniagua cruzará más de cuatro veces por estas páginas. Brotará solo de los mismos hechos que se refieran, porque durante 50 años no hay hecho en la vida local en el que él no haya intervenido y de muchos la única huella existente es lo que él escribió, impregnado siempre de bondadoso optimismo. Pero, sin esperar a eso, nos parecería una deslealtad a su memoria y un allanamiento punible penetrar en la cámara de las esencias alcazareñas sin el beneplácito de su más celoso amparador, sembrador de ilusiones y de alentadora confianza en la eficacia de todo lo noble y lo bueno.

Tan triste nos hubiera resultado el imposible olvido como consolador nos es el recuerdo y el espíritu alcazareño, que él exaltó tanto, podrá imaginárselo todavía recitando versos y al llegar a aquello:

«De que pasé por el mundo,
¿Quién se acordará?»

Podrá decirle, satisfecho en su corazón, como los Quintero a Bécquer ante el monumento del Parque de María-Luïsa: «Nosotros».



D. Juan Tello y Sierra

¿Hay algún alcazareño que ignore quién era el Presbítero que así se terciaba el manto y recorría el lugar, celebrado por todo el mundo a su paso?

Era Tello, es decir; la llaneza, la naturalidad y la jovialidad personificadas.

Cantó Misa en Santa Quiteria el 12 de Octubre de 1907, apadrinado por D. Ricardo López y esposa. Murió en Chillón, en Octubre de 1929, siendo su muerte llorada por los mineros de la zona.



¡Aquella Banda...!



Tocar en la Música era una cosa que pocos dejaban de hacer. Era como el sarampión para los muchachos de oficio, que trabajaban durante el día, iban a la escuela de noche y luego a ensayar, saliendo de allí a dar serenata a las novias.

Los padres hablaban de esto con mal disimulado orgullo, ponderando las cualidades de los muchachos por cuya vida tenían con tales excesos, deseando que alguien les quitara de la cabeza tantas cosas. Claro que los muchachos lo que solían tener era un sueño que no veían, según probaban después con el total olvido de sus aficiones.

Dentro de esta relatividad que no quita méritos a nadie,—maestros y discípulos— y que

no dejaba de ser provechosa, se guarda muy grato recuerdo de aquella Banda que organizó el maestro Gassola, por el año 1905 y que formada por elementos más granados, algunos de indudable vocación musical, llegó a tocar **de verdad**, entusiasmando al vecindario que no se cansaba de oirla, reputándola como la mejor desde la época del Centero y Zampatorias, sin que falte quien diga que la Banda **marchaba** bien con Gassola, tenía marcialidad, pero tocar lo hacía mejor con Parra

La fotografía que reproducimos, es una prueba de cómo se cuidaban hasta los detalles de su presentación. Todos los que figuran en ella son bien conocidos, aunque, por desgracia, son pocos los que viven ya y no dejarán de sentir pena al ver el inmenso clareo...



SANTOS VIEJOS



si los llaman por su antigüedad.

El mes de Enero ha representado siempre en la vida local, como un remanso en el que se perdía el agitado oleaje de la Pascua: Al bullicio seguía el silencio; tras la tempestad la calma, aunque reavivando siempre el rescoldo y rompiendo la monotonía lugareña con las fiestas de San Antón y San Sebastián, que siempre estuvieron muy animadas.



Febrero es el mes auténtico de los Santos Viejos. La Candelaria y San Blas. Santa Agueda. Santa Apolonia y las Cuarenta Horas. (Carnaval verdadero). fiestas todas más bien íntimas, de pequeñas reuniones aunque numerosas, pretextos para una buena merienda y una tarde de broma en el campo o en las casas, según estuviese el tiempo, que acababan a final del mes con el manto de los Peleles y el entierro de la sardina, como colofón de una temporada de regocijo popular.

Las fotografías que acompañan a estas líneas, ilustran suficientemente su motivo esencial de reflejar las costumbres de nuestro pueblo.



El eclipse total del Sol del año 1900

Fue un acontecimiento verdaderamente extraordinario en su doble aspecto, científico y popular, pues con tal motivo vinieron comisionados a España los más famosos astrónomos extranjeros provistos de un material científico perfecto y nuestro observatorio adquirió previamente buen número de aparatos con ese fin. España entera, a pesar de los quebrantos de la época, pasó unos días pendiente del esperado fenómeno, entregándose en ese día a toda clase de expansiones, culminando la algarazara en los lugares que como Alcázar se encontraban enclavados en los puntos de mejor observación.

Se dió un fenómeno de pública ansiedad azuzado por augurios y presagios para todos los gustos, al hilo de los cuales muchos se alumbraron bien desde por la mañana para que las tinieblas del Eclipse no los cogieran desprevenidos. Los zapateros, como lunes que era, rindieron honor a la tradición pasando el día entre dos luces, según refiere un testigo presencial.

Hubo verdadera fiebre y se dijo que las Compañías de Ferrocarril habían hecho un gran negocio, siendo el hombre de moda de aquellos días el director de nuestra línea Sr. Sús, del que se hicieron grandes elogios por la organización de los trenes especiales.

Los billetes se pagaron con sobrepuestos exageradísimos, pues hubo quien pidió cien pesetas por un billete de terce-

ra que valía cuatro, para venir y volver, lo que demuestra que el espíritu de ganancia no ha tenido límite nunca cuando se ha presentado la ocasión. Los precios fueron 20 pesetas ida y vuelta en tren de lujo, 12 pesetas en primera, 8 en segunda y 4 en tercera. Se pagó la reventa a un sobrepuesto mínimo del 25 %. Se echó de ver que la Compañía no vendió más billetes que plazas tenía el tren.

Hubo billetes especiales para el cuerpo diplomático, blancos, con un disco morado en el centro simulando el eclipse.

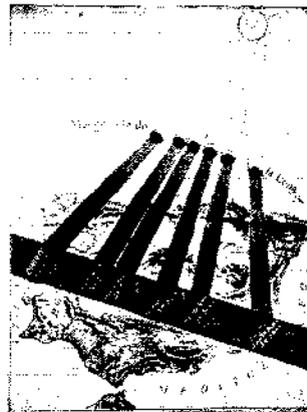
A las seis de la mañana salió el primer tren botijo de Madrid en dirección a Alcázar y Argamasilla (Cinco Casas); a las seis y media, salió el 2.º y a las siete, el mixto de Andalucía, todos abarrotados. Hubo otro tren de lujo, otro para el cuerpo diplomático y el tren rosa, a las diez, donde vino la Infanta Isabel, llegando a Alcázar a la una con nueve minutos y a Argamasilla, a las dos y cinco. Con la Señora venía gran parte de la aristocracia residente en Madrid, generales, políticos

La zona del eclipse se según un esquema publicado entonces y trazado sobre el mapa de la península Ibérica.

Los puntos de mejor visibilidad, donde terminan los conos de sombra producidos por el movimiento de la Luna son, de izquierda a derecha:

Oporto, Plasencia, Argamasilla, Tobarra, Elche y Santa Pola

En Elche estuvo el célebre astrónomo y poeta francés Flammarion, que en motivo de este viaje fué paseado por toda España y agasajado con esplendor.



y escritores hasta unos 750. Duquesa de Alba e hijos, Duquesas de San Carlos, de Montellano, de Fernán-Núñez, Santo Mauro, Nájera, etc. Generales Martínez Campos, Aznar, Luque y otros, Villaverde, Navarro-reverter, Simarro, Pérez-Galdós, Cortezo, López Silva, Sinesio Delgado, Octavio Picón, etc. De Alcázar se unieron al tren rosa, D. Miguel Enríquez de Luna, representando la Alcaldía, el Conde D. Ramón, como ex-diputado, D. Lorenzo Bravo y el diputado provincial D. Delfín Díaz-Hellín.

Se calcula que vendrían de Madrid, unas tres mil personas, muchas acompañadas de animales domésticos para ver el efecto que les hacía el eclipse.

En el Observatorio provisional de Cinco Casas (entonces estación de Argamasilla), estuvieron los astrónomos que se situaron en esta zona para estudiar el fenómeno y que fueron, como jefe Mr. Deslandres, con el ayudante del Observatorio de Mendán Mr. Borrón y auxiliar Mr. Rambuja, manipuladores de la meridiana grande. La otra ecuatorial, el ayudante Mr. Millanchón y Mr. Blanch. La ecuatorial cinematográfica, la cuidó el fotógrafo parisién Mr. Jolleaun, y el alumno del doctorado de Ciencias español D. Fernando de Aguilar.

La expectación era tal, que la propia Infanta, cuya desenvoltura y maneras



S. A. R. la Infanta Doña Isabel y su séquito, observando el eclipse en Cinco Casas.

Dama de la Infanta, y un poco oculto por la sombra de su Alteza, se ve a Villaverde, a la sazón Presidente del Consejo.

expeditivas son conocidas, al llegar el tren con el tiempo justo, empezó a meter prisa a todos para llegar pronto al Observatorio y no perder detalle.

El eclipse duró en conjunto, desde las 2,23 de la tarde, hasta las 4,51 del lunes 28 de Mayo del año 1900.

Refieren los conocidos escritores Pérez Zúñiga y Carlos Miranda—presentes en Alcázar, pues el primero estuvo con el director del «Blanco y Negro» a la entrada de una huerta—que al cubrir la Luna el disco del Sol se escaparon muchos gallos y que tras de muchos viajeros vinieron no pocos palominos atontados y más de cuatro percebes sueltos, ennegreciendo vidrios con el humo que llevaban en su propia cabeza y por último muchas merluzas desorientadas a la caída de la tarde.

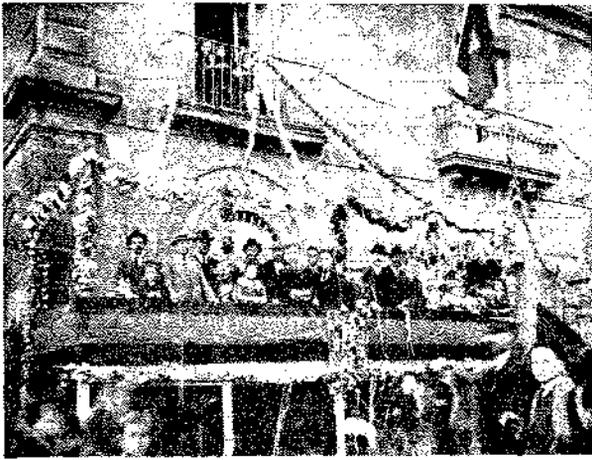
Era ministro de la Gobernación Dato y de Instrucción García Alix, que estuvieron muy pendientes de la excursión a Alcázar por la circunstancia del tren rosa.

Alcázar, cuya hospitalidad nadie duda, hizo hasta lo imposible por atender a los viajeros, comiéndose y bebiéndose lo que había en todas las casas más o menos disponible, pues la multitud bulliciosa se metió en todas partes. Se comentó después la escasez de agua, la poca comida y la sobra de vino.



Excursionistas madrileños viendo el eclipse en los molinos que hay detrás de la estación de Alcázar.

Apunte del natural publicado en el «Nuevo Mundo»



CARNAVAL ALCAZAREÑO

*L*os Carnavé
siempre do
rísticas; la de celebrarse
esplendor y animación.
integralmente de la vida
lo gordo del Carnaval est



*con un frío glacial y m
tener esta plaza un piso
contorno, como el que
rones.*

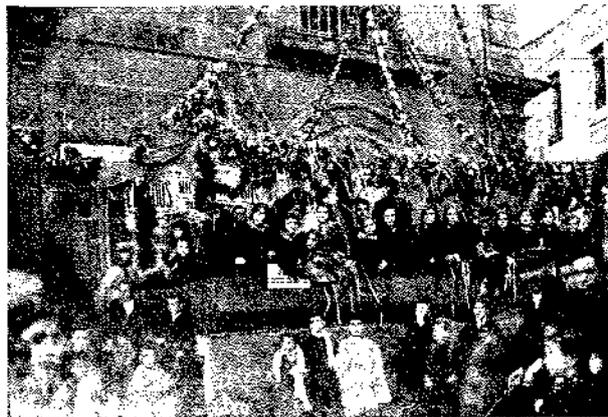
*Mucho antes de lle
que anunciaban el ulve
estudiantinas y rondal
por las noches, el traj
para el cuantioso apr
mantecados, el acumule
lillos y serpentinas, la
organización de los bail
maduros varones fundi*

ales de Alcázar tuvieron
s notas distintivas caracte-
e en la Pascua y su singular
Hasta que la Estación tiró
del pueblo hacia el Paseo,
aba siempre en el Altozano,



uchísimo barro, a pesar de
de piedra nativo en todo su
aún se aprecia en los Alte-

gar había abundantes signos
nimiento de las fiestas: Las
as que recorrian las calles
in acelerado de los hornos
ovisionamiento de tortas y
o de trajes y disfraces, pape-
preocupación general por la
es, a la que no escaparon los
adores del Casino Principal,





ya en el año 1850. Vino nuevo en abundancia y la matanza a punto, para empezar a consumirla.

Era una fiesta de alegría general hasta el exceso, donde confraternizaban todas las clases sociales, cantando y danzando en común, sin que hubiera que lamentar nunca la mortificante licencia

por el recato de la personalidad disfrazada, aunque se celebrara entre todos la pulla regocijante y los rasgos de humor, porque Alcázar era y es indolente, pero pacífico y noble, condenándose unánimemente cualquier acción reprobable.

La resonancia quirúrgica tuvo repercusiones caricaturescas en aquellas regocijadas tardes del Altozano, en las que solían figurar carrozas grotescas ocupadas por personas de buen humor, que practicaban operaciones truculentas a la vista del público, con altisonantes explicaciones que terminaban extrayendo del cuerpo del paciente un enorme garrón, en medio de la algazara general.



De la misma época, eran las vistas cilántricas.

La fiesta duraba cuatro días, que eran de ajetreo continuo, porque las noches se dedicaban casi íntegras a los bailes, donde la aglomeración no permitía ni entrar y donde la broma era tan corrida, que los papelillos se quedaban en el suelo de medio metro de altos.

El cuarto día, el de los Inocentes, se disfrazaban las mujeres solas, que





*eran muy hábiles
en dar la broma y despertar la curiosidad, sin dejar de decirles a los pasmaos lo que necesitaban saber.*

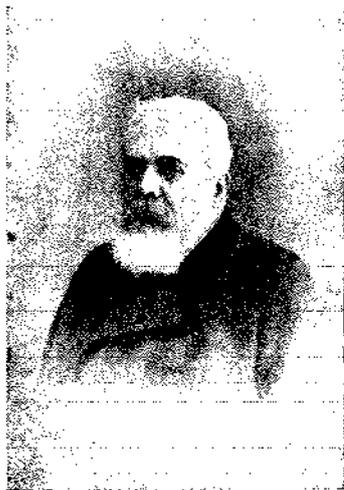
De año en año se fue elevando el tono de la fiesta, hasta alcanzar el aspecto artístico y brillante que puede verse en las fotografías que reproducimos, sin más comentarios, porque son tan amigos todos los que aparecen en ellas y nos recuerdan tantas cosas vividas, que las consideraciones, aunque breves, excederían los límites de esta obra. Véase cada cual asimismo y comente, solo o en compañía, lo que fué.



CURIOSIDADES ALCAZAREÑAS

Sin ningún ánimo de resucitar la antigua polémica sobre la cuna de Cervantes, pero con la curiosidad de saber cómo se planteó y resolvió, hemos encontrado en los escritos de aquella época, algunos detalles que merecen recordarse.

En cuanto a lo de la cuna, quedó definitivamente resuelto con las aportaciones de diversos cervantistas y fundamentalmente con las de Foronda Aguilera, des-



D. Juan Alvarez Guerra

pués de estudiar en la Exposición Histórica Europea el libro parroquial de Santa María. Los curiosos pueden ver en la Biblioteca Nacional, cuidadosamente conservado, cuanto se relaciona con este tema, poco favorable ciertamente para los alcazareños.

D. Juan Alvarez Guerra, bienhechor incomparable de nuestro pueblo, hizo cuanto pudo por acreditar la autenticidad alcazareña de la cuna con mejor fé que fortuna, porque si bien la fé mueve las montañas, como es ciega, en los problemas del conocimiento queda vencida por la observación y la documentación.

Aparte de esto, hay en sus escritos cosas tan meritorias como las siguientes: «Los vecinos de Alcázar de hoy no podrán olvidar nunca que la misma apatía que han tenido para defender la patria de Cervantes Saavedra, han observado en todas las demás cosas y hasta en las de necesidad y recreo para la población, y pregunto: ¿tendría Alcázar ferrocarril si yo no hubiera hecho gastos de consideración y principalmente vencido los esfuerzos de los vecinos de Ocaña, dignos de mejor resultado? ¿Tendría la nueva carretera de Andalucía por la cual hice correr diligencias y correos, si yo no la hubiese proyectado, trazado y hecho a mi costa una gran parte de ella? ¿Ni calles nuevas o barriadas, ni fábricas,

ni teatro, música, casino, plaza de toros, un año sin contribución la población, etc., etc.? Campo de juego para que diga nadie en que me ha ayudado para disfrutar hoy de todas estas mejoras y adelantos que yo he dado a la población y aún me propongo llevar adelante y hacer lo que falta, principalmente a que tenga agua, que hoy no tiene un pueblo de tanta importancia. Si lo escrito no es bastante, pre-

guntad a esa población pacífica, aunque indolente para sus glorias y adelantos, si no me ha confiado, aunque forastero, los primeros cargos, desde alcalde, muchas veces a Diputado a Cortes, recibíendome después a mi regreso con música, iluminación, campanas, vivas y toda clase de demostraciones de alegría y agradecimiento, poniendo en mis manos una exposición para S. M., suplicando en ella que nunca querían más diputado que Alvarez Guerra.»

A continuación habla de la traída de aguas por el Alcalde D. Manuel Guerrero Lafuente, descendiente de los antiguos nobles Guerreros de Alcázar.

No hay duda de que D. Juan, amaba a Alcázar de corazón y sentía una exasperación paternal por nuestro modo de ser, pero por si esto fuera poco, cuando ya se agotaban sus energías intelectuales, le dedicó esta nota conmovedora que acredita su inteligencia y rica fantasía.

Murió el 9 de Julio de 1905, de larga y penosa enfermedad y este último y precioso trabajo se publicó en Agosto del mismo año, en la revista «Por esos Mundos» como escrito póstumo de su ilustre autor, gloria de Alcázar, con la mis-

ma fotografía que reproducimos del Sr. Alvarez Guerra.

He aquí la brillante producción: «LA CRUZ DEL FANTASMA».

El viajero que por cualquier motivo se de tenga en Alcázar y deje el Paseo de la Estación para internarse en el pueblo, encontrará al final de la calle de las Huertas una plazoleta. A su izquierda y formando esquina, se halla modesta Capilla cerrada por tosca verja de madera, y dentro, un crucifijo de tamaño natural sobre el ara; una lámpara colgando del techo y algunos exvotos salpicando las paredes. El Cristo se llama Villajos, y la hoy Capilla era, en la época que vamos a referirnos, solitaria Ermita anclada entre huertos. Al frente de la imagen, y a no mucha distancia, empezaba el pueblo, al que parecía proteger el Cristo abriendo hacia él sus amovidos brazos. Dos calles daban cara a la Ermita: de Resa se llamaba y se llame hoy, la de la izquierda, y de San Andrés, la de la derecha. Bajando por esta y torciendo por la primera a la derecha, se va a dar a estrecho callejón que termina en el boquete que forma uno de los muros laterales de la Iglesia de Santa Quiteria. Adosado a sus rojos sillares, hay empotrada una enorme Cruz sin inscripción, signo, ni cartel que nos indique cuándo ni por qué se colocó allí. Todo devoto que pasa por el temido boquete, se descubre respetuosamente, sobre todo si es viejo y no ha olvidado la leyenda oída a sus abuelos de «La Cruz del Fantasma» con cuyo nombre es conocida.

Ya que sabemos donde la Cruz se encuentra, retornemos por los mismos pasos, y retrotrayendo el tiempo hagamos parada bajo el portallón que tenía la Ermita en el año que vamos a trasladarnos.

Era una noche invernal del año de gracia de 1750. Las campanas de Santa María la Mayor, hacía rato habían dado las últimas campanadas de las ánimas. El silencio era completo, no oyéndose ni cantar de mozo, ni paso de ronda, ni saltos de los cofrades del «Pecado Mortal», ni medroso recordatorio de los hermanos del «Pan y el Huevo». El pueblo dormía envuelto en la oscuridad. Al toque de ánimas se cubrían los fuegos, no quedando más luces al exterior que las de los faroles que encendían frailes y monjas a los respectivos patronos, a cuya advocación estaban

los Conventos de San Francisco, la Trinidad, San Juan y la Concepción.

La lámpara que constantemente lucía ante el Cristo de Villajos, escasamente alumbraba el interior de la Ermita, no rompiendo las sombras del portallón. Dos enormes columnas sostenían su techumbre, y resguardados con esta y apoyados en aquellas, se recostaban tres hombres envueltos en amplias capas.

—Por San Damián, mi patrón, os juro que lo mismo que no veo gota, no entiendo jota del por qué nos han citado en este sitio y a estas horas—dijo uno de aquellos tres hombres.

—Ni yo tampoco—replicó otro—y por quinta vez os voy a relatar la orden que me dió esta mañana nuestro amo el señor Corregidor. Busca—me dijo—a Lucas y Andrés, y esta noche, entre diez y once, esperadme los tres en el Cristo Villajos... Siguo y nada de ruido. Linterna pronta y a la sordina, larga capa, ancha espada... y coraje en el alma por si es menester emplearlo en servicio de Dios y del Rey nuestro señor D. Fernando VI, y dicho ésto, se encasquetó el sombrero que al pronunciar el nombre del monarca se había quitado, dió media vuelta y se marchó. Os busqué, os comuniqué la orden, y aquí estamos... Eso es cuanto puedo deciros.

—Mucho será que todo ello no esté relacionado con ese maldito fantasma que dicen anda hace algunas noches por el pueblo.

—¿Cómo que digan? Lo digo yo, que lo he visto con estos ojos que se ha de comer la tierra... Hace unos ocho días, cuando terminamos la ronda y me retiraba a mi casa, tropecé de manos a boca, al desembocar en la calle de la Trinidad, con el fantasma, mirándome con sus ojos que despedían fuego, me dijo con voz de trueno: «Largo de ahí, villano, y pronto» Yo, más muerto que vivo y más corriendo que andando, cumplí la orden de aquel ser, que os juro por mi ánima no ser de este mundo. Su cuerpo es de más de cinco varas de alto y va envuelto en vestiduras blancas, teniendo por cabeza una calavera despidiendo llamas por los ojos...

Al decir las últimas palabras, rápidamente se sentiguó

—Pues lo que es yo... no creo en esas cosas de brujos y duendes.

—Ni yo en fantasmas.

—¡Fantasmas, fantasmas! ¡Buena es esa! Hará seis años, ya os acordaréis, apareció otra. El miedo encerró en sus casas a todos los vecinos; calles y plazas quedaban desiertas en cuanto anochecía. De la noche a la mañana desapareció con la hermosísima hija del bueno de D. Lope. Desengaños; fantasmas en puerta es sabido que robo, cortejo o amorío está cerca.

—Ahora que se vayan con tiento, pues nuestro señor D. Juan de Silva no admite bromas. ¡Bien supo lo que se hizo nuestro Rey al nombrarle Corregidor de este pueblo! Inflexible y recto es como su vara y duro como ninguno. Ante la ley, para él lo mismo es el gran Prior que impone vasalaje a las doce villas como el último plebeyo... ¡Mal año para duendes y fantasmas!... Y si no, el tiempo lo dirá.

—Lo que el tiempo dice es que marcha y marcha y nosotros quedos y quedos a punto de helarnos en esta noche de perros...

—¡Maldigo de los fantasmas, de los duendes y del mismo Corregidor!

No bien había proferido las últimas palabras uno de aquéllos, cuando apareció en la revuelta de la Ermita un hombre ambozado. Adelantó despacio hacia el maldiciente y cogiéndole por el cuello le hizo caer de rodillas.

—Vuestro Corregidor todo lo oye, todo lo ve y todo lo sabe —dijo con gran energía—. Levántate y ya se nos presentará ocasión de ver si tienes el brazo tan largo como la lengua...

—Y ahora a lo que vengo, vengo; ¿habéis cumplido mis órdenes?

—Tal como su merced quiso ser servido.

—¿Las linternas?

—Sordas y prontas a dar luz... Expedita la salida de los aceros, el brazo ágil y amplio el rebozo que sirve de abrigo y de antifaz.

—Pues en marcha y que el Santo Cristo de Villajos nos acompañe.

Y dicho esto, abandonaron los cuatro la Ermita, tomando el camino abajo. Enfilaron la calle de San Andrés, llegando en silencio al final del callejón que da paso al boquete de Santa Quiteria.

—Quietos aquí —dijo, antes de revolver la esquina, la imperiosa voz del Corregidor—. Si mis confidencias no fallan —añadió a media voz—, por aquí debe pasar a punto de media noche

¡Y a Dios juro que, como así sea, se acaban duendes y fantasmas!

Sacó el reloj, oprimió un muelle y lentamente contó doce tenues campanadas.

—Esta es la hora. Si viene uno solo —dijo alzando la voz—, estaos quedos... Si son varios, mano a la espada y conmigo a ellos... Terciaros las capas y a esperar.

Al hacerlo con la suya el Corregidor, puso al descubierto dos enormes pistolones que llevaba al cinto. Sucesivamente los descolgó, se cercioró de que las cazofetas estaban cerradas, preservando el cebo, y de que funcionaban los muelles, estando los pedernales prontos a ponerse en contacto con el rastrillo. Eran dos magníficas armas salidas de los talleres de D. Gabriel de Algora, arcabucero de Fernando VI.

—¡Señor! ¡Señor! —dijo uno de los que vigilaban—. ¡Por allí abajo se mueve algo extraño!

—En efecto, es él, ¡el fantasma!

Montó las pistolas, empuñó una en cada mano y aguardó.

Al alinearse el extraño que avanzaba frente al Corregidor, sonaron un tiro, un agudo «¡Dios me valga!» y el golpe seco de un cuerpo que cae al suelo.

—¡Luz, luz! —gritó el Corregidor.

Se abrieron las tres linternas, y lo que entonces se oyó y se vio supera a todo lo trágico. El Corregidor abrazaba fuertemente el cuerpo del caído, prorrumpiendo en desgarradores gritos de dolor.

—¡Es mi hijo, el hijo de mi alma!... ¡Y he sido yo su matador!

A las voces se abrieron puertas y ventanas, e invadieron la calle, la piedad y el comadreo, la pena y la murmuración, la chusma y el pueblo, no habiendo lengua parada, ni farol, candil o velón que no alumbrara.

Fueron llevados el hijo muerto y el padre dolorido, recogieron los paños, listones y chirimboles que formaban el artificio, y aquella noche nadie en el pueblo pegó los ojos.

Al día siguiente del dramático suceso, se colocó en el muro la Cruz que allí perdura, dando frente al callejón. Aquella se llamó y se llama por los pocos que conocen el sangriento episodio «la Cruz del Fantasma».

USOS Y COSTUMBRES



Los zapateros de Alcázar tienen una actuación muy destacada en la vida local, que comentaremos en otros capítulos.

La fotografía que reproducimos da una idea clara de lo que era el oficio de hacer zapatos, no de venderlos.

Toda la obra era hecha por encargo y a medida. El maestro cortaba las pieles y lo preparaba todo, como los sastres con la tela. La maestra las aparaba y los oficia-

les las amoldaban a las hormas y ponían las suelas. La zapatería era un taller, no una tienda, y el que aquí se ve era el taller del Zapatero Gordo, Antonio Campo Vázquez, que aparece en la mesa de corte **tomando las onco** de manos de su padre. Su esposa cose los cortes en la máquina, y el sordo Encinas, Pedro Arias, el zapatero, y el Moreno, van adelantando la obra en la mesa del tirapié.



Julián Rivas, «El Civil», junto a la romana que maneja con escrupulosa exactitud, pesando cerdos en el corral de su casa. A su derecha, Pepe Climent y Cayetano Fuentes puesto de mandil y manguitos, anotando el peso de los cerdos que compra. A la derecha, Miguel Climent anota también el peso de los animales según lo va cantando Julián, que fue el arbitro de muchísimos tratos y decidió miles de alborozes.



Maestros

En esta antigüedad no hemos de remontarnos a lo que decía Juan Leal en su polémica sobre la Cuna recordando que el año 1582 ya existían en Alcázar dos maestros pagados por el Ayuntamiento: Pedro Meneses, maestro de enseñar a leer y escribir a los niños, y Benito Gómez, profesor de gramática para estudiantes, con diez maravedís de sueldo.

Nuestros intentos son más modestos. Sólo queremos dedicar un recuerdo agradecido a los maestros que iniciaron en las tareas escolares a los hombres maduros de hoy, seguros de que complacerá a todos recordar aquella época, pues a través de los infinitos cambios de la vida, cuando la tierra empieza a tirar de uno, aflora con frecuencia en la imaginación el recuerdo de la escuela y del maestro aquel con todas sus cualidades.

Probablemente, los intentos más perseverantes para elevar la enseñanza a grados superiores se iniciaran en Alcázar por D. Felipe Arroyo y su hermano D. Cesáreo, ambos naturales de Fuente de Santa Cruz (Segovia), pero que realizaron aquí una labor meritoria, tanto D. Felipe, li-



antiguos

cenciado en letras, con los mayores, como D. Cesáreo en la escuela de la calle de la Feria, esquina a la Corredera.

Reproducimos dos grupos de la escuela y a D. Cesáreo con D.^a Alberta y uno con los dos hermanos y los alumnos de bachillerato. Omitimos los nombres para no incurrir en errores, por no haber podido identificar a algunos, pero a todos los recordamos con cariño y los testimoniamos desde aquí nuestro afecto y amistad invariables.

La labor de D.^a Angeles

En la misma época que D. Cesáreo y con el mismo anhelo de elevación, desarrollaba su trabajo como maestra doña Angeles, la del Coronel, en la calle del Cristo Zalameda, esquina a la del Moral.

Reproducimos otros dos grupos de D.^a Angeles, omitiendo los nombres que figuran en ellos por las mismas razones que en los de D. Cesáreo, aunque en el caso de las chicas, por ser mayores y haber variado menos la fisonomía, se las conoce a todas perfectamente. Las que viven se conservan tan bien, tan bien, que ven a ser jóvenes hasta que se mueran, y ¡Dios quiera que tarden mucho!



Los que brillaron fuera

No es escaso el número de alcazareños que han de figurar en esta parte de la obra, pero hay dos de la misma época y casi de la misma edad, que se desarrollaron en el ambiente romántico del Madrid de la segunda mitad del siglo XIX y en el casticísimo barrio de Lavapiés, ambiente y barrio que impregnaron sus almas y dió a sus psicologías matices típicos y similares. Ambos vivieron al principio estrecha, estrechísimamente. Lucharon con parecida fortuna, adquirieron prestigio y acabaron su vida ocupando residencias principales, en lo que siempre fué corona distinguida del barrio castizo que acogió a su llegada a estos intrépidos manchegos: la calle de Atocha, Antón Martín y sus inmediaciones.

Estos paisanos fueron Policarpo Lizcano y Juan de Dios Raboso.

D. Policarpo Lizcano González

Suerte desde los primeros años de su vida profesional, la tuvo siempre de cara, correspondiéndole él largamente con una labor perseverante y rectilínea que le llevó a ocupar un lugar destacado en la Ginecología española. Tuvo suerte, cierto; pero supo aprovecharla tan bien, que la fortuna no debió estar nunca quejosa de su elección.

Cuando se desenvolvía trabajosamente en Madrid como médico general, le favoreció la lotería con un primer premio. Su calma habitual le hizo no perder la cabeza y aprovechar la holgura transitoria para especializarse e instalarse adecuadamente. Su trabajo hizo

nombre lento, perisimonioso, que a sus despacios no se dejó nada por hacer. Elegido por la

la especialidad en la de la Inclusa, donde desarrolló una labor muy meritoria durante cuarenta años que le dió gran fama en el distrito y en todo Madrid, siendo una prueba de ello que al dejar la Casa Real el Conde de San Diego,

sonó el nombre de D. Policarpo como posible comadrón de la Reina, pues aunque no lo nombraron, se vio que no le faltaba categoría para serlo.

Su labor científica quedó reflejada en diversas publicaciones, conferencias y comunicaciones a los Congresos de la especialidad.

Fue Caballero de la Gran Cruz de Alfonso XII y correspondiente de la Real Academia de Medicina.

El tirón de la tierra natal, observado tan corrientemente, le hizo efectuar aquí su último matrimonio presintiendo cercano ya el día del descanso eterno, que tuvo lugar el



todo lo demás. Se redimió de las guardias de las Casas de Socorro, que había ganado por oposición, montando por su cuenta una consulta de

14 de enero de 1926.

El Ayuntamiento dio su nombre a la antigua calle del Verbo muy justamente.

D. Juan de Dios Raboso Castellanos

en la calle que ahora lleva su nombre, parale-

Ya apenas se recuerda a este gran alcazareño, bondadoso y servicial como pocos, que nació a mediados del siglo XIX.

la a la de la de los Muertos y muy transitada en aquella época, a pesar de lo escondido, por estar en ella la Cantera con sus tortas insuperables, el Sr. Bernardo con su agitada escuela, doña Angeles con su labor y con su hermano Pepito que hacía por cien, Pascual con sus sartenes,

Pozo con la jabonería y la carretería de Cosme (Isidro Montalvo), lugar de panetes continuos durante muchos años: el de la once, el de las cinco, el de las ocho... En fin, que la calle tenía lo suyo, sin contar lo que ha existido siempre al final del callejón que hay frente por frente a esta calle. Con razón se colocó en la esquina la Imagen de Nuestro Señor que impone medida al viandante, recordando la transitoriedad de nuestro paso por la tierra y la mucha indulgencia de que este paso ha menester.

La madre de Juan de Dios tenía el molino de la Motilla, y molinero fue él en sus primeros tiempos. Desaparecido el molino, ingresó de factor en la estación y se trasladó a Madrid al amparo de un pariente cura que lo inició en la vida de la Corte.

Al despedirse de D. José Antonio Castellanos, abogado, pariente suyo y tío de D. Julián Pantoja, en presencia de éste, dijo Raboso que se iba a Madrid y no pararía hasta ser concejal de la Capital de España y Diputado a Cortes, aspiraciones que logró plenamente, pues fue Alcalde de barrio y luego Concejal y Teniente alcalde de los distritos del Hospital y de la Latina Diputado provincial, Visitador del Hospital General, don-

de favoreció cuanto fué necesario a sus paisanos, y Diputado a Cortes tres veces por Alcalá-Chinchón, de la fracción de Romanones y una por Priego (Córdoba) con Alcalá Zamora.

Como no tenía título académico alguno, por entonces empezó a estudiar para Abogado, aspirando a ser Subsecretario y Ministro.

Dentro de la Compañía, tuvo un alto empleo en la Dirección, donde desempeñaba servicios especiales relacionados con los intereses de la Empresa. La expresión usual de ser el amo, habrá tenido pocas veces mejor aplicación. Los emplea-

dos lo fueron por él en número tan considerable, que tenía algunos departamentos de la Compañía totalmente ocupados y en otros apenas si dejó hueco para atender compromisos extraños. En billetes de favor para viajar en primera, hubo veces, según dicen, que repartió él solo más que la Compañía misma para ciertos trenes.

Hizo buena fortuna. En Vallecas tenía una finca grandísima y espléndida, a la que iba diariamente, utilizando dos coches propios que poseía al principio de utilizarse los automóviles. Tuvo algunas casas en la Corte y perteneció a los Consejos de Administración de varias empresas industriales de Madrid, lo que revela el buen ambiente que le rodeaba.



Su vida se desenvolvió en la madrileñísima calle de Atocha y sus alrededores, donde los alcazareños tuvieron siempre sus refugios favoritos con la Nicomedes, Monedero y otros paisanos que se instalaron en la Corte, en los dichosos tiempos de principio de siglo.

Su obra fundamental fue el Centro Instructivo del Obrero de la calle de la Cabeza, donde recibían instrucción unos 1.500 trabajadores cada curso académico, durante treinta años, en los cuales hizo los mayores sacrificios por sostener la

Institución, como pusieron de manifiesto cuantos tomaron parte en la sesión necrológica que le dedicaron después de su muerte.

En las postrimerías de su vida, tuvo la debilidad de cubrir su calva con un bisoné, afeitarse la barba y rizarse el bigote, y al aparecer de esta traza en la sesión de Cortes, el conocido Ministro D. Juan de la Cierva le gastó la broma de decir que al Sr. Raboso se le habían puesto los pelos de punta.

Los halagos de la brillante situación —menos brillante de lo que pudo ser— fueron neutralizados por amarguras íntimas, y murió súbitamente de una afección cardíaca el día 1 de febrero de 1923.

HOMBRES QUE NO PUEDEN OLVIDARSE



D. Ulpiano Flores

Ulpiano el zapatero. Un hombre naturalmente serio que no hizo absolutamente nada en serio durante su larga vida. Su existencia es una pura broma en la que él se gozaba **seriamente**, o a lo sumo sonriendo, pero haciendo soltar la carcajada a los demás con las ocurrencias más inesperadas.

La actitud que tiene en el retrato, echado para atrás, como prevenido y la mirada fija, escudriñante, era habitual en él y de absoluta necesidad en un temperamento burlesco, esgrimidor de todos los resortes de la fantasía, para traer en jaque permanente a los amigos y expuesto por ende a recibir en todo momento los pelotazos devueltos. Él estaba siempre a la recíproca **seriamente**. Sabía que donde las dan las toman, y no se enfadó jamás. ¿Para qué?

Cuando hacía alguna **proposición**, arrugaba la frente y estiraba la piel de las órbitas, esperando el efecto de sus palabras para ponerlas en práctica inmediatamente, con una tranquilidad pasmosa, y muchas veces se trataba de una barrabasada que había de impresionar o perturbar más o menos a otros de la cuadrilla o allegados, porque la reunión era numerosa, aunque no todos de la

misma ley, pues en esto, como en lo demás, el que no lo lleva dentro resulta un advenedizo y el deseo de igualar le hace resultar un mala sombra.

Su digno contrincante entre los muchos contertulios fue **Cuartero**, serio como el primero y más cumplido que una basquiña, algo más fino e ingenioso que Ulpiano, y en cuanto a bromista..., ¡échale hilo a la cometa! En él se malogró, indudablemente, un gran artista para la escena.

Hablaban siempre sentenciosamente, muy cargados de razón y aun conociéndolos había que reparar mucho en lo que decían para descubrir sus fines e impedir que los lograran. Tenían un aplomo imperturbable y un descaro inaudito. No se inmutaban jamás. Nadie se acuerda que se malograra una estratagema por faltar a la seriedad más estricta. El gozo buller-guero y retozón era tan íntimo, corría tan soterrado y celoso que no se exteriorizaba ni aun en los trances más apurados, que los hubo de verdad.

Lo que acabó de arreglar el asunto fué cuando la presbicia senil les obligó a ponerse gafas para ver de cerca y tenían que mirar por encima de ellas para ver a los contertulios ¡Qué solemnidad la suya, qué naturalidad tan inalterable!

Es una lástima que no haya recogido nadie el ingenio derrochado por estos hombres con su sentido intrascendente y jocosos de la vida.

En nuestros recuerdos de la infancia, hay el de una noche que se presentaron de madrugada y nos levantaron diciendo que te había dado una apretura a Candido. Se comieron los



D. Pablo Cuartero

mantecados que teníamos para la Pascua, cantando a coro cuanto se les ocurría y haciéndonos reír con los remedios de la apretura, aunque dejaban la despensa vacía. Y de allí se fueron a casa de Josito, que por la hora debía estar cerniendo.

Las familias participaban de la broma en el sentido del aguante ineludible y muchas veces salvador, porque la oposición era peor con aquellos diablos y fuera por ésto o por especial designio de la Providencia, las mujeres eran unas santas; todas criaron muchos hijos y soportaron a los esposos, no siempre bien equilibrados ni en su puesto, con la mejor conformidad y a veces echándole leña al fuego por necesidad de arrimar el ascua a su sardina.

Aparte de esto eran unas personas excelentes. La mejor prueba de su bondad es que estando siempre en esa actitud de no poder atar un chavo de cominos con lo que decían, no perdieron la confianza de nadie, tuvieron la simpatía de todos y sin grandes recursos cumplieron sus obligaciones ampliamente, aunque Cuartero se resentía un poco del trabajo, que era la que no acababa de llevarle a Ulpiano, pero ¡¡¡a ver qué remedio había, Señor!!

Personas conocidas hasta por el forro

El 9 de Mayo de 1950, según el sello de la estafeta que tenemos a la vista, se echó en Madrid una carta con sobre comercial de color barquillo y la dirección siguiente:

Esta carta es para ANTONIO,
uno que antes fué «trenero»
y que, sin mucho dinero,
fué más malo que un demonio.

Tiene bastante estatura,
es moreno y algo enjuto,
dá la sensación de bruto
y es como una criatura.

Mucho vino antes bebió
(y era porque le gustaba)
también las tortas bañaba
antes de pelear carbón.

A su apellido desmiente,
pues no fabricó una teja,
yo de él nunca tuve queja
pues es muy condescendiente.

Y el cartero ha de encontrarle,
si le busca con afán,
para este sobre entregarle
en ALCAZAR DE SAN JUAN.

El cartero, digno sucesor de Polonio Quintanilla, se la llevó a Antonio Tejero diciéndole: Esta carta es para tí.

Claro que el que la escribió (Pepe Toribio), el cartero y el destinatario, son tres pajaros lugareros que no tienen nada que envidiar al tío Cuartero y Ulpiano el zapapero en disposición para darle broma al lucero del alba.

Estas alcazareñas preparan el guiso de gallina con pelotillas típico de nuestras bodas populares. Al día siguiente de esta escena se va a celebrar el enlace matrimonial de dos personas de buen humor que gozan de grande y merecida simpatía: Simón y la Crisanta.



MUJERES REPRESENTATIVAS

A CUYO NOMBRE VAN VINCLADAS PEQUE-
ÑAS INDUSTRIAS LEGENDARIAS DEL LUGAR



MARTINA GOMEZ VERANO LA TIA MARTINA

Pertenecía a ese grupo privilegiado de mujeres espléndidamente dotadas para ser madres. Magra, con piel finísima, tersa y brillante, aunque renegrida y curtida por el solano y el humo de la caldera. Temple de acero y energía que sabía y necesitaba dominar para no malquistarse con la clientela.

Nacida y criada en la Plaza, como solfa decir, pasa su larga vida,—murió el 16 de Febrero de 1932, a los 89 años,—haciendo churros sin parar para criar 19 hijos que tenía siempre alrededor de la caldera.

Su presencia era inexcusable diariamente en la Plaza y en todas las fiestas.

De su mano salieron las mejores roscas del mundo, según opinión de Victoriano «El Viejo» que sabe lo que se pesca.

*

MARIANA TEJERO SANCHEZ MATEOS LA MARIANA DE LA CAL

Era Cantera y se casó, viuda, con Casimiro Pozo estando viudo. El era Calero y ella fué la de la cal por designación irrefutable de todo el pueblo, pues la Mariana es una de esas mujeres admirables que ha tenido Alcázar por su laboriosidad, su amplio espíritu y su claro sentido de la vida. A fuerza de encontrarla siempre al frente del cometido a que vive entregada, el pueblo ha unido indisolublemente a la mujer con su industria y nadie las concibe ni las reconoce separadas. La Mariana ha de ir seguida del patronímico que se ha dado por su labor y se la distinguen por la de la cal mejor que por su apellido, como la Cantera de las tortas o la Gregoria del chocolate. Ni ella es quien es sin la cal, ni la cal



es como es sin ella, pues también sola pierde calidad la mercancía.

Se mereció el marido que tuvo que era un bendito. Por cierto que la cenerrrada que les dieron al casarse en el rincón de los Frailes, resuena todavía en nuestros oídos como la más grande en su clase: A ello

contribuyó indudablemente el carácter bonachón y bromista de los novios y la solfa corrió a cargo de todos los Canteros, Tejeros, Yeseros y Caldereros del pueblo, que es como decir el estabón y el pedernal de la broma alcazareña, dando chispas de buen humor y de buena ley una tras otra.

La fotografía que ofrecemos de la Mariana, hecha en los últimos momentos de su vida, no parece de ella que fué una mujer de una vez.

MANUELA SANCHEZ MATEOS MARCHANTE

“LA CANTERA”

En este capítulo de mujeres representativas, no puede aventajar ninguna a «La Cantera» en interés para la población, porque si bien todas alcanzaron prestigio y consideración merecidísimos dentro de la localidad, ninguna extendió a tanta distancia como ella el nombre del pueblo, pues aún cuando la industria de las tortas no estuviera exclusivamente en sus manos, es lo cierto que en ella se concentró la fama que afortunadamente perdura en toda España.

Era hija de Mariano el Cantero y por lo tanto sobrina de Ezequiel, (Petardo), padre de Estrella, hermana de José María, el maestro de la música, y de la Petra, madre de los Albercas de la calle Castelar.

Se casó con Lope Tejero Palomo, goñón y luego calderero en la Estación, que murió el año 1894, dejando a la Manuela con 8 hijos de 10 que habían tenido, y una viñeja de mala muerte. Pero ya funcionaba el horno porque la Manuela había aprendido de su madre—Carmen— a hacer las tortas y tenía guardado el secreto de la fabricación y las unidades de peso que eran cantos, pues, como dice Antonio, el sistema métrico decimal no entró nunca en su casa.

Procedente de una rama robusta de trabajadores de nuestro suelo, supo infundir en sus tortas todas las virtudes del secano de su tierra, cuyos productos alcanzan, increíblemente en un ambiente reseco, una dulzura exquisita sin empalagosidad, que no tienen en los regadíos; una consistencia más compacta pero con un punto de esponjosidad que los hace más sabrosos, unos colores muchos más puros y brillantes y un aroma penetrante y delicado. Nuestros productos son menos, pero ¿dónde van a parar los frutos de las grandes huertas con los productos de la tierra?... Los melones, las sandías, los tomates, las uvas, las habas, las lechugas... y las tortas eso son; un exquisito producto de secano que se ha acreditado por su bondad insuperable, pero que no hemos sabido colocarlas a la altura de sus merecimientos y que por nuestra indolencia en dar a rono-



cer lo auténtico, circula desfigurado por muchos sitios con detrimento de la mercancía y del pueblo que le da nombre.

Los Canteros sacaron y labraron todas las piedras de nuestras canteras, y cuando decreció el oficio hicieron la Cantera de las tortas, inagotable filón y espléndida hazaña de una familia optimista y jovial, gozosa de vivir, de buena conformidad en todo tiempo, dando alegremente a su pueblo,—como Dios manda, pues ya se sabe que Dios ama al donador alegre.— el fruto de un trabajo que cubre a la ciudad de honor y simpatía ante propios y extraños. Y el pueblo, haciendo honor a su psicología, lo aprecia pero lo ve como una cosa natural y como el que todo lo merece no hace nada para fomentarlo, para consagrarlo y defenderlo de las mixtificaciones extrañas, como si no fueran su nombre y su interés los perjudicados.

Los turroneiros de Jijona, los menbrilleros de Puente Genil, los mieleros de Brihuega y en general los elaboradores de productos selectos de todas partes, aunque trabajen independientemente, se unen y toman medidas para defender la autenticidad de sus marcas que son signo de pureza y bondad garantizada para los consumidores y riqueza para los fabricantes. ¿Qué tendrá

nuestro espíritu para ser tan abandonado?

Grande, inmensa es la gratitud que las tortas merecen de todos los alcazareños porque ellas han facilitado llenar infinitas atenciones con las personas a quienes se estaba obligado de un modo económico y grato para los obsequiados y sus familiares y tal vez no sea este el menor motivo de su difusión. ¡Cuántos favores recibidos se deberán a las tortas, pardas o con baño, bordadas o lisas! Como decía ella: ¡Cuántas tortas se habrá comido la gente gorda!

La Manuela fué una fiera para el trabajo, de un genio tan fuerte como grande y noble de corazón. Trabajaba desde las dos de la madrugada y no tomaba más que una patata cruda hasta la comida de mediodía.

Crió y casó con holgura a sus ocho hijos, a cuatro de ellos por dos veces, porque enviada-

ron. Fué espléndida casi hasta la prodigalidad y sin embargo pudo comprar una casa a cada hijo y dejar abierta la fuente de las tortas que le producía catorce duros diarios ¡en aquellos tiempos! en los que no todo el mundo comía bizcochos ni todos los días y vendiendo las tortas a 30 y a 60 céntimos. ¡Cuánto trabajaría la Manuela!

Con motivo de los obsequios de tortas hechos por su primo Estrella a S. M. el Rey a su paso por la Estación, fué galardonada con el título de Proveedora de la Real Casa.

Acudió con sus productos a varias Exposiciones nacionales y alcanzó cuatro premios en Barcelona, lo que acredita sus elevadas miras y lo satisfecha que estaba de su fabricación.

Esta benemérita alcazareña murió el 24 de Junio de 1921, a los 79 años.

D.^a GREGORIA CERVANTES CARPIO "LA DEL CHOCOLATE"

IC onmovedora vida la de la Gregoria! Cuando éramos chicos le decían la Golilala, por ser de esta familia, o la Viuda de Ambrosio, por serlo de Ambrosio Escribano.

Como casi todas las mujeres que han de figurar en estas páginas, tuvo mucha familia, lo que a ninguna impidió desarrollar su gran trabajo y hacer buen capital, dicho sea sin propósito de convencer y estimular a las que hoy parecen, no servir ni para lo uno ni para lo otro; pero la Gregoria del Chocolate, con cuya denominación se la conocerá siempre ya, tuvo la desdicha de ver morir mayores a sus diez hijos, algunos ya casados, y dos nietos también adultos, con lo que su vida, a partir del fallecimiento de Ambrosio, fué una serie ininterrumpida de enfermedades y entierros hasta el año 1934, que acabó sus días a los 76 años de edad.

¡Es verdaderamente extraordinario el caso de la Gregoria del Chocolate, cómo pudo mantener su industria tan acreditada hasta última hora en medio de tanto sufrimiento sin que decayera su espíritu ni se quebrantara su energía! No hay duda que Dios, que siempre pone la medicina junto a la llaga, hizo que esta singular mujer



hallara en el trabajo, única ilusión permanente de la vida, el consuelo y la compensación de sus dolores.

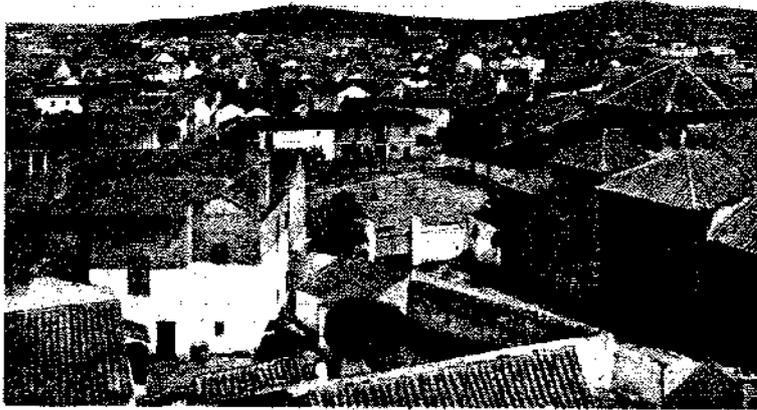
Ya apenas quedan señales de aquella casa del Boquete, que se ve a la derecha de la fotografía de la Plaza, donde íbamos de chicos a por el chocolate de papel amarillo que nos despachaba la Gregoria con su calma habitual.



PĂGINĂ INTIMĂ

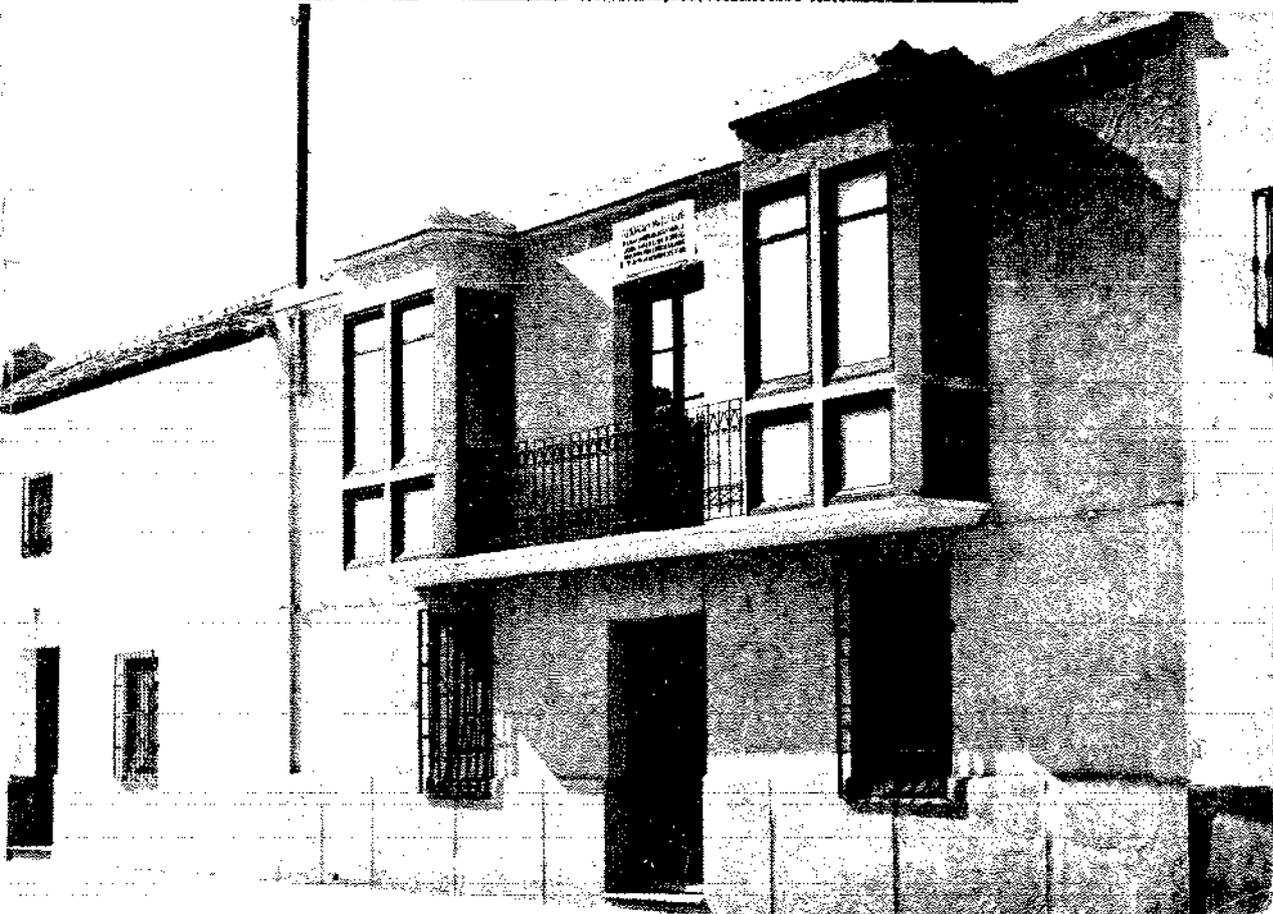


Mis padres



Mi pueblo

Mi casa





Depósito Legal C. R. 83 - 1961

Imp. VDA. DE MOISES MATA
Primo de Rivera, 4
Alcázar de San Juan - 1970